

juzó fructuosísima, y ciertamente conseguirán mas perfecta y fácilmente este conocimiento y esta inteligencia aquellos que, con la integridad de la vida y amor á la fé, reúnan un ingenio adornado con las ciencias filosóficas, especialmente enseñando el Sínodo Vaticano que esta misma inteligencia de los sagrados dogmas conviene "tomarla ya de la analogía de las cosas que naturalmente se conocen, ya del enlace de los mismos misterios entre sí y con el fin último del hombre" (1)

Por último, tambien pertenece á las ciencias filosóficas defender religiosamente las verdades enseñadas por revelacion y resistir á los que se atrevan á impugnarlas. Bajo este respecto, es grande alabanza de la filosofía el ser considerada baluarte de la fé y como firme defensa de la Religion. Como atesigua Clemente Alejandrino, "es por sí misma perfecta la doctrina del Salvador y de ninguno necesita, siendo virtud y sabiduría de Dios. La filosofía griega que se le une no hace mas poderosa la verdad; pero haciendo débiles los argumentos de los sofistas contra aquella y rechazando las engañosas asechanzas contra la misma, fué llamada oportuna cerca y vallado de la viña." (2) Ciertamente, así como los enemigos del nombre cristiano para pelear contra la Religion toman muchas veces de la razon filosófica sus instrumentos bélicos, así los defensores de las ciencias divinas toman del arsenal de la filosofía muchas cosas con que poder defender los dogmas revelados. Ni se ha de juzgar que obtenga pequeño triunfo cristiano, porque las armas de los adversarios preparadas por arte de la humana razon para hacer daño, sean rechazadas poderosa y prontamente por la misma humana razon.

Esta especie de religioso combate fué usado por el mismo Apóstol de las gentes, como lo recuerda San Jerónimo escribiendo á Magno: "Pablo, capitán del ejército cristiano es orador invicto, defendiendo la causa de Cristo, hace servir con arte una inscripcion fortuita para argumento de la fé, habia aprendido del verdadero David á arrancar la espada de manos de los enemigos, y á cortar la cabeza del soberbio Goliath con su espada (3)" Y la misma Iglesia, no solamente aconseja, sino que tambien manda, que los doctores católicos pidan este

(1) Ibid.

(2) Strom. lib. 1, c. 20.

(3) Epist. ad Magn.

auxilio á la filosofía. Pues el Concilio Lateranense V, despues de establecer "que toda asercion contraria á la verdad de la fé revelada es completamente falsa, porque la verdad jamás se opuso á la verdad (1)," manda á los Doctores de la filosofía que se ocupen diligentemente en resolver los engañosos argumentos, pues como testifica Agustino, "si se da una razon contra la autoridad de las divinas Escrituras, por mas aguda que sea, engañará con la semejanza de verdad pero no puede ser verdadera. (2)."

Mas para que la filosofía sea capaz de producir los preciosos frutos que hemos referido, es de todo punto necesario que jamás se aparte de aquellos trámites que siguió la veneranda antigüedad de los Padres y aprobó el Sínodo Vaticano con el solemne sufragio de la autoridad. En verdad como está claramente averiguado que se han de aceptar muchas verdades del orden sobrenatural que superan con mucho las fuerzas de todas las inteligencias; la razon humana, que conoce su propia debilidad, no debe atreverse á alcanzar cosas superiores á ella, ni negar las mismas verdades, ni medirlas con su propia capacidad, ni interpretarlas á su antojo; ántes bien debe recibirlas con plena y humilde fé y tener á sumo honor el serla permitido por beneficio de Dios servir como esclava y servidora á las doctrinas celestiales y de algun modo llegarlas á conocer. En todas estas doctrinas principales que la humana inteligencia no puede percibir naturalmente, es muy justo que la filosofía use de su método, de sus principios y argumentos, pero no de tal modo, que parezca querer susstraerse á la divina autoridad. Antes constando que las cosas conocidas por revelacion gozan de una verdad indisputable, y que las que se oponen á la fé pugnan tambien con la recta razon, debe tener presente el filósofo católico que violará á la vez los derechos de la fé y de la razon, abrazando algun principio que conoce que repugna á la doctrina revelada.

Sabemos muy bien que no faltan quienes ensalzando mas de lo justo las facultades de la naturaleza humana, defienden que la inteligencia del hombre, una vez sometida á la autoridad divina, cae de su natural dignidad, y que, como humillada con el yugo de la esclavitud,

(1) Bulla *Apostolici regiminis*.

(2) Epist. 143, [al. 7] ad Marcellin., n. 7.

está ligada y como impedida para que no pueda llegar á la cumbre de la verdad y de la excelencia. Pero estas doctrinas están llenas de error y de falacia, y finalmente tienden á que los hombres con suma necesidad, y no sin el crimen de ingratitud, repudien las mas sublimes verdades y espontáneamente rechacen el beneficio de la fé, de la cual aun para la sociedad civil brotaron las fuentes de todos los bienes. Pues hallándose encerrada la humana mente en ciertos y muy estrechos límites, está sujeta á muchos errores y á ignorar muchas cosas. Por el contrario, la fé cristiana, apoyándose en la autoridad de Dios, es maestra infalible de la verdad, siguiendo la cual ninguno cae en lazo del error, ni es agitada por las olas de inciertas opiniones. Por lo cual los que unen el estudio de la filosofía con la obediencia á la fé cristiana, razonan perfectamente, supuesto que el esplendor de las divinas verdades, recibido por el alma, auxilia la inteligencia, á la cual no quita nada de su dignidad, sino que la añade muchísima nobleza, penetracion y energía. Y cuando dirigen la perspicacia del ingenio á rechazar las sentencias que repugnan á la fé y á probar las que concuerdan con esta, ejercitan digna y utilísimamente la razon: pues en lo primero descubren las causas del error y conocen el vicio de los argumentos, y en lo último están en posesion de las razones con que se demuestra sólidamente y se le persuade á todo hombre prudente de la verdad de dichas sentencias. El que niegue que con esta industria y ejercicio se aumentan las riquezas de la mente y se desarrollan sus facultades, es necesario que absurdamente pretenda que no conduce al perfeccionamiento del ingenio la distincion de lo verdadero y de lo falso. Con razon el Concilio Vaticano recuerda con estas palabras, los beneficios que á la razon presta la fé: “La fé libra y defiende á la razon de los errores y la instruye en muchos conocimientos (1).” Y por consiguiente el hombre, si lo entendiese, no debia culpar á la fé de enemiga de la razon; ántes bien debia dar dignas gracias á Dios, y alegrarse vehementemente de que entre las muchas causas de la ignorancia y en medio de las olas de los errores le haya iluminado aquella fé santísima, que como amiga estrella indica el puerto de la verdad, excluyendo todo temor de errar.

Porque, venerables hermanos, si dirigís una mirada á la historia de la filosofía, comprendereis que todas las cosas que poco ántes hemos

(1) Const. dogm. de Fide. Cath., cap. 4.

dicho se comprueban con los hechos. Y ciertamente de los antiguos filósofos que carecieron del beneficio de la fé, aun los que son considerados como mas sabios erraron pésimamente en muchas cosas. Sabéis cuantas cosas falsas é indecorosas, cuantas inciertas y dudosas, entre algunas verdaderas, enseñaron sobre la verdadera naturaleza de la divinidad, sobre el origen primitivo de las cosas, sobre el gobierno del mundo, sobre el conocimiento divino de las cosas futuras, sobre la causa y principio de los males, sobre el último fin del hombre y la eterna bienaventuranza, sobre las virtudes y los vicios y sobre otras doctrinas cuyo verdadero y cierto conocimiento es la cosa mas necesaria al género humano. Por el contrario los primeros Padres y Doctores de la Iglesia, que habian entendido muy bien que por decreto de la divina voluntad el restaurador de la ciencia humana era tambien Jesucristo, que es la virtud de Dios y su sabiduría (1), y “en el cual están escondidos los tesoros de la sabiduría (2),” trataron de investigar los libros de los antiguos sabios y de comparar sus sentencias con las doctrinas reveladas, y con prudente eleccion abrazaron las que en ellos vieron perfectamente dichas y sábiamente pensadas, enmendando ó rechazando todas las demas. Pues así como Dios, infinitamente pródigo, suscitó para defensa de la Iglesia mártires fortísimos, pródigos de sus grandes almas, contra la crueldad de los tiranos, así á los falsos filósofos ó herejes opuso varones grandísimos en sabiduría, que defendiesen aun con el apoyo de la razon el depósito de las verdades reveladas. Y así desde los primeros dias de la Iglesia la doctrina católica tuvo adversarios muy hostiles que burlándose de los dogmas é instituciones de los cristianos, sostenian la pluralidad de dioses, que la materia del mundo careció de principio y de causa, y que el curso de las cosas se conservaba mediante una fuerza ciega y una necesidad fatal y no era dirigido por el consejo de la Divina Providencia. Ahora bien con estos maestros de disparatada doctrina disputaron oportunamente aquellos sabios que llamamos *Apologistas* quienes precedidos de la fé usaron tambien los argumentos de la humana sabiduría, con los que establecieron que debe ser adorado un solo Dios, excelentísimo en todo género de perfecciones, que todas las cosas han sido sacadas de la nada por su omnipotente virtud, subsisten por su

(1) I. Cor. I, 24.

(2) Coloss. II, 3.

sabiduría y cada una se mueve y dirige á sus propios fines. Ocupa el primer puesto entre estos *San Justino* mártir, quien despues de haber recorrido las mas célebres academias de los griegos por adquirir experiencia, y de haber visto, como á boca llena él mismo confiesa, que la verdad solamente puede sacarse de las doctrinas reveladas, abrazándolas con todo el ardor de su espíritu, las purgó de calumnias, las defendió animosa y elocuentemente ante los emperadores romanos, y no en pocas sentencias de los filósofos griegos combinó con estos. Lo mismo hicieron excelentemente por este tiempo *Cuadrato*, y *Aristides*, *Hermias*, y *Atenágoras*. Ni menor gloria consiguió por el mismo motivo *Irineo* mártir invicto y Obispo de la Iglesia de Lyon, quien refutando valerosamente las perversas opiniones de los orientales diseminados merced á los gnósticos por todo el imperio romano, *explicó* segun *San Jerónimo*, *los principios de cada una de las herejias y de qué fuentes filosóficas emanaron* [1.] Todos conocen las disputas de *Clemente Alejandrino*, que el mismo *Jerónimo*, para honrarlas, recuerda así: “¿Qué hay en ellas de indocto,” y mas “¿qué no hay de la filosofía media [2]?” El mismo trató con increíble, variedad de muchas cosas utilísimas para fundar la filosofía de la historia, ejercitar oportunamente la dialéctica, establecer la concordia entre la razon y la fé. Siguiendo á este *Orígenes*, insigne en el magisterio de la Iglesia Alejandrina, eruditísimo en las doctrinas de los griegos y de los orientales; dio á luz muchos eruditos volúmenes para explicar las sagradas letras é ilustrar los dogmas sagrados. cuyas obras aunque como hoy existen, no carezcan absolutamente de errores, contienen no obstante, gran cantidad de sentencias con las que se aumentan las verdades naturales en número y en firmeza. *Tertuliano* combate contra los herejes con la autoridad de las Sagradas Letras, y con los filósofos cambiando el género de armas filosóficamente; y convence á éstos tan sutil y eruditamente, que á las claras y con confianza les dice: “Ni en las ciencias ni en el arte somos igualados como pensais vosotros [3].” *Arnobio*, en los libros publicados con-

[1] Epis. ad Magn.

[2] Loc. cit.

[3] Apologet. § 46.

tra los herejes y *Lactancio*, especialmente en sus instituciones divinas, se esfuerzan valerosamente por persuadir á los hombres con igual elocuencia y gallardía de la verdad de los preceptos de la sabiduría cristiana, no destruyendo la filosofía, como acostumbran los académicos [1], sino convenciendo aquellos en parte con sus propias armas, y en parte con las tomadas de la lucha de los filósofos entre sí. [2] Las cosas que del alma humana, de los divinos atributos y otras cuestiones de suma importancia dejaron escritas el gran *Atanasio* y *Crisóstomo*, el Príncipe de los oradores, de tal manera á juicio de todos sobresalen, que parece no poderse añadir casi nada á su ingeniosidad y riqueza. Y para no ser pesados en enumerar cada uno de los apologetas, añadimos al catálogo de los excelsos varones de que se ha hecho mencion, á *Basilio el Grande* y á los dos *Gregorios*, quienes habiendo salido de Atenas, emporio de las humanas letras, equipados abundantemente con todo el armamento de la filosofía, convirtieron aquellas mismas ciencias que con ardoroso estudio habian adquirido, en refutar á los herejes é instruir á los cristianos. Pero á todos arrebató la gloria *Agustin*, quien de ingenio poderoso, é imbuido perfectamente en las ciencias sagradas y profanas, luchó acérrimamente contra todos los errores de sus tiempos, con fé suma y no menor doctrina. ¿Qué punto de la filosofía no trató, y aun mas, cuál no investigó diligentísimamente, ora cuando proponia á los fieles los altísimos misterios de la fé y los defendía contra los furiosos impetus de los adversarios, ora cuando reducidas á la nada las fábulas de los maniqueos ó académicos, colocaba sobre tierra firme los fundamentos de la humana ciencia y su estabilidad ó indagaba la razon del origen y la causa de los males que oprimen al género humano? ¿Cuánto no discutió sutilísimamente acerca de los ángeles, del alma, de la mente humana, de la voluntad y del libre albedrio, de la Religion y de la vida bienaventurada, y aun de la misma naturaleza de los cuerpos mudables? Despues de este tiempo en el Oriente, *Juan Damasceno* siguiendo las huellas de *Basilio* y *Gregorio de Nacienceno* y en Occidente *Boetio* y *Anselmo*, profesando las doctrinas de *Agustin*, enriquecieron muchísimo el patrimonio de la filosofía.

[1] Inst. VII, cap. 21.

[2] De opif. Dei, cap. 27.

En seguida los Doctores de la Edad Media, llamados escolásticos, acometieron una obra magna, á saber: reunir diligentemente las fecundas y abundantes mieses de doctrina, refundidas en las voluminosas obras de los Santos Padres, y reunidas colocarlas en un solo lugar para uso y comodidad de los venideros. Cual sea el origen, la índole y excelencia de la ciencia escolástica, es útil aquí, venerables hermanos mostrarlo mas difusamente con las palabras del sapientísimo varón nuestro predecesor Sisto V: "Por don divino de Aquel, único que da el espíritu de la ciencia, de la sabiduría y del entendimiento, y que enriquece con nuevos beneficios á su Iglesia en la cadena de los siglos, y la provee de nuevos auxilios cuando lo reclama la necesidad, fué hallada por nuestros santísimos mayores la teología escolástica la cual cultivaron y adornaron principalísimamente dos gloriosos doctores, el angélico Santo Tomás y el seráfico San Buenaventura, clarísimos profesores de esta facultad con ingenio excelente, asiduo estudio, grandes trabajos y vigiliias, y la legaron á la posteridad, dispuesta óptimamente y explicada con brillantez de muchas maneras. Y en verdad, el conocimiento, y ejercicio de esta saludable ciencia que fluye de las abundantísimas fuentes de las divinas Letras, Sumos Pontífices, Santos Padres y Concilios, pudo siempre proporcionar grande auxilio á la Iglesia, ya para entender é interpretar verdadera y sanamente las mismas Escrituras, ya para leer y explicar mas segura y útilmente los Padres, ya para descubrir y rebatir los varios errores y herejías, pero en estos últimos dias en que llegaron ya los tiempos peligrosos descritos por el Apóstol, en los que hombres blasfemos, soberbios, seductores, crecen en maldad errando é induciendo á otros á error, es en verdad necesarísima para confirmar los dogmas de la fé católica, y para refutar las herejías (1)." Palabras son estas que, aunque parezcan abrazar solamente la teología escolástica, está claro que deben entenderse tambien de la filosofía y sus alabanzas. Pues las preclaras dotes que hacen tan temibles á los enemigos de la verdadera Teología escolástica, como dice el mismo Pontífice; "aquella oportuna y enlazada coherencia de causas y de cosas entre sí, aquel orden y aquella disposición como la formación de los soldados en batalla, aquellas claras definiciones y distinciones, aquella firmeza de los argumentos y las agudísimas disputas

[1] Bulla — *Triumphantis*, an. 1588.

en que se distinguen la luz de las tinieblas, lo verdadero de lo falso las mentiras de los herejes envueltas en muchas apariencias y falacias que como si se les quitase el vestido aparecen manifiestas y desnudas [1];" estas excelentes y admirables dotes, decimos, se derivan únicamente del recto uso de aquella filosofía que los maestros escolásticos, de propósito y con sabio consejo, acostumbraron á usar frecuentemente aun en las disputas filosóficas. Además, siendo propio y singular de los teólogos escolásticos el haber unido la ciencia humana y divina entre sí con estrechísimo lazo, la teología, en la que sobresalieron, no habria tenido tantos honores y alabanzas de parte de los hombres si hubiesen empleado una filosofía manca ó imperfecta y ligera.

Ahora bien, entre los Doctores escolásticos brilla grandemente Santo Tomás de Aquino, Príncipe y Maestro de todos, el cual, como advierte Cayetano, "por haber venerado en gran manera los antiguos Doctores sagrados obtuvo de algun modo la [inteligencia de todos, 2]" Sus doctrinas, como miembros dispersos de un cuerpo, Tomás las reunió y congregó, dispuso con un órden admirable, y de tal modo las aumentó con nuevos principios, que con razon y justicia es tenido por singular apoyo de la Iglesia católica. De dócil y penetrante ingenio, de memoria fácil y tenáz, de vida integérrima, amador únicamente de la verdad, riquísimo en la ciencia divina y humana, comparado al sol, animó al mundo con el calor de sus virtudes, y le iluminó con esplendor. No hay parte de la filosofía que no haya tratado aguda y á la vez sólidamente: trató de las leyes del raciocino, de Dios y de las sustancias incorporeas, del hombre y de otras cosas sensibles, de los actos humanos y de sus principios, de tal modo, que no se hechan de ménos en él, ni la abundancia de cuestiones, ni la oportuna disposición de las partes, ni la firmeza de los principios ó la robustez de los argumentos, ni la claridad y propiedad del lenguaje, ni cierta facilidad de explicar las cosas abstrusas.

Añádase á ésto que el Doctor Angélico indagó las conclusiones filosóficas en las razones y principios de las cosas, los que se extienden muy latamente, y encierran como en su seno las semillas de casi infinitas verdades, que habian de abrirse con fruto abundantísimo por los Maestros posteriores. Habiendo empleado este método de filoso-

[1] Bull. cit.

[2] In 2. m 2. æ. q. 148, a. 4. in. fin.

fía, consiguió haber vencido él solo los errores de los tiempos pasados, y haber suministrado armas invencibles para refutar los errores que perpetuamente se han de renovar en los siglos futuros. Además distinguiendo muy bien la razón de la fé, como es justo, y asociándolas, sin embargo, amigablemente, conservó los derechos de una y otra, proveyó á su dignidad de tal suerte, que la razón elevada á la mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse á regiones más sublimes, ni la fé puede casi esperar de la razón más y más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás.

Por estas razones, hombres doctísimos en las edades pasadas, y dignísimos de alabanza por su saber teológico y filosófico, buscando con indecible afán, los volúmenes inmortales de Tomás, se consagraron á su angélica sabiduría, no tanto para perfeccionarse en ella, cuanto para ser totalmente por ella sustentados. Es un hecho constante que casi todos los fundadores y legisladores de las Ordenes religiosas mandaron á sus compañeros estudiar las doctrinas de Santo Tomás, y adherirse á ellas religiosamente, disponiendo que á nadie fuese lícito impunemente separarse, ni aun en lo más mínimo, de las huellas de tan gran Maestro. Y dejando á un lado la familia dominica, que con derecho indisputable se gloria de este su Sumo Doctor, están obligados á esta ley los Benedictinos, los Carmelitas, los Agustinos y otras muchas Ordenes sagradas, como los estatutos de cada una nos lo manifiestan.

Y en este lugar, con indecible placer recuerda el alma aquellas celeberrimas Academias y escuelas que en otro tiempo florecieron en Europa, á saber: la Parisiense, la Salmaticense, la Complutense, la Duacense, la Tolosana, la Loveniense, la Patavina, la Boloniana, la Napolitana, la Coimbericense y otras muchas. Nadie ignora que la fama de estas creció en cierto modo con el tiempo, y que las sentencias que se les pedían cuando se agitaban gravísimas cuestiones, tenían mucha autoridad entre todos los sabios. Pues bien, es cosa fuera de duda que en aquellos grandes emporios del saber humano, como en su reino dominó como príncipe Tomás, y que los ánimos de todos, tanto maestros como discípulos, descansaron con admirable concordia en el magisterio y autoridad del Doctor Angélico.

Pero lo que es más, los Romanos Pontífices nuestros predecesores

honraron la sabiduría de Tomás de Aquino con singulares elogios y testimonios amplísimos. Pues Clemente VI (1), Nicolás V (2) Benedicto XIII (3), y otros, atestiguan que la Iglesia universal es ilustrada con su admirable doctrina; San Pio V (4), confiesa que con la misma doctrina, las herejías confundidas y vencidas, se disipan y el universo mundo es libertado cuotidianamente, otros con Clemente XIII (5), afirman que de su doctrina dimanaron á la Iglesia católica abundantísimos bienes, y que él mismo debe ser venerado con aquel honor que se dá á los Sumos Doctores de la Iglesia, Gregorio, Ambrosio, Agustín y Gerónimo; otros finalmente, no dudaron en proponer en las Academias y grandes liceos á Santo Tomás como ejemplo y maestro, á quien debía seguirse en pié firme. Respecto á lo que parecen muy dignas de recordarse las palabras del B. Urbano V: "Queremos y por las presentes os mandamos, que adopteis la doctrina del bienaventurado Tomás como verídica y católica, y procureis ampliarla con todas vuestras fuerzas (6.)" Renovaron el ejemplo de Urbano en la Universidad de estudios de Lovaina, Inocencio XII (7); y Benedicto XIV (8), en el Colegio Dionisiano de los Granatenses. Añádase á estos juicios de los Sumos Pontífices sobre Tomás de Aquino, el testimonio de Inocencio VI, como complemento: "La doctrina de éste tiene sobre las demás, exceptuada la canónica, propiedad en las palabras, orden en las materias, verdad en las sentencias, de tal suerte, que nunca á aquellos que la siguieren se les verá apartarse del camino de la verdad, y siempre será sospechoso de error el que la impugnare." (9).

También los Concilios Ecuménicos, en los que brilla la flor de la sabiduría escogida en todo el orbe, procuraron perpétuamente tribu-

(1) Bulla *In Ordine*.

(2) Breve ad FF. Ord. Praedic. 1451.

(3) Bulla *Pretiosus*.

(4) Bulla *Mirabilis*.

(5) Bulla *Verbo Dei*.

(6) Const. 5. dat. die 3 Aug. 1368 ad Cancell Univ. Tolos.

(7) Litt. in form. Brev., die 6 febr. 1694.

(8) Litt. in form. Brev., die 21 Aug. 1752.

(9) Serm. de S. Thom.